

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Antonia Pi-Suñer Llorens

“Introducción”

p. 9-30

Historiografía mexicana. Volumen IV. En busca de un discurso integrador de la nación, 1848-1884.

Juan A. Ortega y Medina y Rosa Camelo (coordinación general)

Antonia Pi-Suñer Llorens (coordinación del volumen IV)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

1996

590 p.

ISBN 968-36-4991-2 (Obra completa)

ISBN 968-36-4995-5 (Volumen IV)

Formato: PDF

Publicado en línea: 13 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/317_04/historiografia_mexicana.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INTRODUCCIÓN

...fácilmente se concibe cuán importante y necesario es que entre nosotros, los hombres ilustrados consagren todos sus esfuerzos a dotar a México de una *Historia General*, en que, reuniéndose todos los materiales que existen, reunidos ya y ordenados algunos, dispersos otros y muchos sepultados en los archivos, se escriba bajo un plan bien combinado, en que prevalezca la unidad de pensamiento...¹

Estos conceptos fueron expuestos, en 1865, por Manuel Larrainzar, en el seno de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Recogía en sus palabras una idea que ya venía de tiempo atrás sobre la necesidad de escribir una historia general de nuestro país. El intelectual chiapaneco consideraba que esta clase de trabajos era “la obra lenta del tiempo y del concurso de muchas circunstancias” que, por lo regular, iba en relación con los pasos que se hubiesen dado en las ciencias, el tiempo que llevasen de cultivarse y el grado de adelanto en que se encontrarán.² Si bien don Manuel pensaba que México contaba ya con las condiciones culturales para dar a luz tal magna obra, es evidente que no tomaba en cuenta que los tiempos de guerra civil y extranjera en que se vivía hacían imposible su realización.

Nuestro propósito en las siguientes páginas es, por un lado, mostrar por qué y cómo se fue gestando esta idea de dotar a la nación de una historia general y cuáles fueron los intentos que se llevaron a cabo para escribirla; por otro, presentar a los historiadores que, con su pluralidad de voces y de interpretaciones, sus compilaciones de documentos y su evidente afán nacionalista, abrieron paso a la elaboración de dicho discurso integrador. Los autores que nos ocupan pertenecieron a dos generaciones y sus obras más relevantes aparecieron entre 1848 y 1884, fechas que nos han permitido delimitar una etapa. Si bien somos conscientes de que toda división cronológica es arbitraria, hemos decidido proponerla para dar un cierto marco a nuestro estudio.

¹ Manuel Larrainzar, “Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México”, en Juan Antonio Ortega y Medina, *Polémicas y ensayos en torno a la historia*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1970, p. 161.

² *Loc. cit.*

Es de todos conocido que fue a partir de 1848 cuando, tras la amarga experiencia de la guerra con Estados Unidos de América, se llevó a cabo una seria reflexión acerca de la realidad mexicana. Se hizo entonces hincapié en la falta de cohesión nacional, llegando algunos a preguntarse si realmente se podía hablar de la existencia de una nación. Dicho cuestionamiento se convirtió en un acicate para la historiografía, ya que sirvió para que personajes de la talla de Lucas Alamán y Luis G. Cuevas produjeran sus magnas obras de revisión histórica, en las que se propusieron mostrar el derrotero equivocado que había tomado México a raíz de su independencia. Fue también entonces cuando los miembros de la generación posterior empezaron a mostrar su preocupación por los hechos que acababan de vivir, como fue el caso de los quince autores de los *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, y a plantear propuestas para la regeneración del país. Si bien las ideologías de nuestros historiadores estuvieron encontradas tanto en aquellos años como en los venideros, es evidente que el motivo que los movió a todos ellos fue el mismo: la necesidad de crear una conciencia nacional.

No fue pues casualidad que en los años de la posguerra se editasen obras que tenían como fin el dar a conocer las características propias del país. Así, en 1853, se publicó *Los mexicanos pintados por sí mismos*, libro que describía los tipos peculiares de la vida mexicana al mediar el siglo y, entre 1855 y 1856, apareció *México y sus alrededores*, excelente colección de vistas, trajes y monumentos mexicanos. Es evidente que la obra de mayor importancia que vio la luz en aquellos años fue el *Diccionario universal de historia y de geografía*, cuyo propósito consistió en descubrir México a los mexicanos y mostrarles que no sólo compartían un ámbito geográfico común sino también un pasado histórico y unas tradiciones culturales de las que tenían que enorgullecerse. Este sentido nacionalista del *Diccionario* quedó bien plasmado en la Introducción al primer tomo:

cuando por todas partes del mundo se nos desconoce y se nos calumnia; cuando nosotros mismos no sabemos ni nuestros elementos de riqueza, ni nuestras esperanzas de progreso, ni nuestros recuerdos tristes o gloriosos, ni los nombres que debemos respetar o despreciar; una obra que siquiera ensaye pintar todo esto, que intente reunirlo en una sola compilación, que se proponga juntar las piedras dispersas de ese edificio por formar merece incuestionablemente la aprobación y el apoyo de cuantos han nacido en este suelo.³

³ *Diccionario universal de historia y de geografía*, México, Tipografía de Rafael Rafael-Librería de Andrade, 1853-1856, v. I, p. IV.

Esta ambiciosa empresa reunió a un buen número de nuestros intelectuales de mediados del siglo pasado. Si bien en ella colaboraron muchos miembros de la generación de Lucas Alamán, la mayoría perteneció a la siguiente, que fue la de Manuel Orozco y Berra, y aun algunos fueron de otra nueva generación, que fue la de Joaquín García Icazbalceta. Son precisamente los integrantes de estas dos generaciones los que conforman la materia del presente apartado. Fueron ellos quienes con sus obras de historia inmediata o mediata, con su afán de crear una conciencia cívica a través del periodismo de opinión, con su búsqueda incansable de documentos, con sus clases de historia y sus libros de texto, y aun algunos con sus propias versiones de nuestra historia general, sentaron las bases del *México a través de los siglos*. Como dicha obra empezó a publicarse en 1884 —y es materia de estudio del siguiente capítulo de la presente *Historiografía mexicana*—, consideramos que este año marca el otro límite natural de la etapa en que nos centramos.

El devenir político de los años que corrieron entre 1848 y 1884 se caracterizó por ser muy azaroso. Después de la guerra con Estados Unidos, los liberales moderados trataron de llevar al país a una situación de equilibrio. Sin embargo, los ánimos estaban aún muy caldeados después del desastre de 1847 y el ambiente no fue propicio para la moderación. Tanto los liberales “puros” como los conservadores agudizaron sus diferencias y diseminaron, como bien nos dice Charles Hale, las semillas de un gran conflicto.⁴ Alamán, a la cabeza de su partido, vio en la figura de Antonio López de Santa Anna la única vía de imponer el proyecto conservador para enderezar al país. Bajo estas circunstancias, en marzo de 1853 volvió el caudillo a quien, sin embargo, don Lucas había puesto una serie de condiciones para gobernar. Pero Alamán murió al cabo de escasos dos meses y con él se fue toda esperanza de controlar a Santa Anna. Éste se convirtió en amo de la situación, se hizo nombrar “Alteza Serenísima” y, para colmo, vendió a Estados Unidos una parte del territorio nacional, conocido como La Mesilla.

En marzo de 1854 estalló la revolución de Ayutla que, después de un año y medio de lucha contra las fuerzas santannistas, llevó a una nueva generación, acaudillada por los liberales, al poder. Éstos trataron entonces de instrumentar su propio proyecto de nación, para lo cual

⁴ Charles Hale, “La guerra con los Estados Unidos y la crisis del pensamiento mexicano”, en *Secuencia*, n. 16, México, Instituto de Investigaciones Históricas José María Luis Mora, 1990, p. 44.

dictaron medidas que afectaban a las corporaciones, básicamente a la Iglesia. Convocaron a un congreso constituyente que dio vida a una nueva constitución, la de 1857, que, si bien resultó bastante moderada en sus planteamientos, fue rechazada por el partido conservador. En el seno de los propios liberales se profundizó la división, que venía de antaño, entre la facción liberal y la moderada, debilitando con ello su posición ante el partido opositor. Finalmente, la exacerbación de las posiciones ideológicas llevó al país a la guerra civil, que estalló en enero de 1858, a raíz del golpe de estado del presidente Ignacio Comonfort en contra de la Constitución de 1857. La guerra duró tres años y durante ella el gobierno juarista emitió las famosas Leyes de Reforma, con las cuales separó definitivamente a la Iglesia y el Estado, lo que exacerbó aun más los ánimos. Cuando en diciembre de 1860 los liberales derrotaron a los conservadores, éstos ya estaban promoviendo una intervención extranjera. Ésta se hizo realidad cuando en julio de 1861 el gobierno de Benito Juárez se vio obligado a suspender los pagos de la deuda exterior. Los gobiernos de Francia, Inglaterra y España organizaron entonces una intervención tripartita que condujo sus tropas a tierras mexicanas en enero de 1862. Empezó entonces una nueva guerra que fue a la vez civil y extranjera. Las tropas españolas e inglesas se retiraron en abril de aquel mismo año, y permanecieron sólo las francesas, cuyo objetivo era apoyar la entronización de Maximiliano de Habsburgo, quien llegó a México en mayo de 1864. La guerra en contra de los franceses y el imperio duró cinco años, al cabo de los cuales triunfó el grupo juarista.

En 1867 empezó una nueva etapa en la que pareció que finalmente advendría la paz. Sin embargo se hicieron evidentes entonces las divisiones dentro del grupo liberal, las cuales impidieron que el país se estabilizase. Producto de estas luchas intestinas entre los liberales fueron, por un lado, el distanciamiento entre Benito Juárez y Sebastián Lerdo de Tejada; por otro, las revueltas de la Noria y de Tuxtepec, acaudilladas por Porfirio Díaz, quien buscaba hacerse del poder fuera de la legalidad, y, finalmente, la ruptura entre Lerdo de Tejada y José María Iglesias. En diciembre de 1876, al triunfo de la rebelión de Díaz, terminó el periodo conocido como de la República Restaurada y dio inicio el del Porfiriato, cuyos primeros años parecieron llevar al país por el camino de la paz y el progreso.

Éstas fueron las vicisitudes vividas por las dos generaciones de historiadores que presentamos en este apartado. Once de ellos pertenecieron a

la de la Reforma y nacieron, salvo dos excepciones, entre 1810 y 1824: José Fernando Ramírez, Manuel Larrainzar, Francisco de Paula Arrangoiz, José María Lafragua, Anselmo de la Portilla, Juan Suárez y Navarro, Manuel Orozco y Berra, Guillermo Prieto, Manuel Payno, Niceto de Zamacois y José María Iglesias. Los doce restantes vieron la luz entre 1825 y 1840, formaron parte de la generación de los “tuxtepecanos”, para utilizar los términos de Luis González y González,⁵ y fueron: Joaquín García Icazbalceta, José Manuel Hidalgo, José María Roa Bárcena, Juan E. Hernández y Dávalos, Antonio García Cubas, Francisco Zarco, Pedro Pruneda, Hubert H. Bancroft, Emilio del Castillo Negrete, Ignacio Manuel Altamirano, Matías Romero y Manuel Rivera Cambas.

Queremos señalar que la lista que presentamos no pretende de ninguna manera ser exhaustiva, y que, si bien llamamos “historiadores” a los 23 autores que nos ocupan, es evidente que en el momento en que vivieron a pocos se les reconoció como tales. En nuestro estudio hemos tratado de incluir no sólo a aquellos escritores cuyas obras históricas son conocidas, sino también a un buen número de personajes cuyo interés por la historia los llevó a la recopilación exhaustiva de documentos, mismos que consideraron indispensables para poder elaborar un discurso histórico confiable. También hemos optado por analizar las obras de tres autores españoles y de un norteamericano, pues hemos considerado que éstas guardan una relación muy estrecha con nuestra historiografía.

Como miembros de dos generaciones contiguas, que además se identificaron plenamente debido a los aciagos años de las guerras de Reforma y de Intervención, encontramos en nuestros personajes varias coincidencias que cabe anotar. En primer lugar llama la atención que doce de ellos, Ramírez, Larrainzar, Arrangoiz, Lafragua, Suárez y Navarro, Roa Bárcena, Hernández y Dávalos, Zarco, Castillo Negrete, Altamirano, Romero y Rivera Cambas, nacieron y se formaron en provincia, para venir más tarde a residir a la ciudad de México, incorporándose a la vida cultural y política de los capitalinos. En cuanto a estudios profesionales, cabe señalar que nueve de ellos estudiaron jurisprudencia: Ramírez, Larrainzar, Lafragua, Orozco y Berra, Iglesias, Hernández y Dávalos, Castillo Negrete, Altamirano y Romero; tres fueron ingenieros topógrafos: Orozco y Berra, García Cubas y Rivera Cambas; el resto fue, en cierta manera, autodidacta. De los 23, doce tuvieron actividades vinculadas con el periodismo político: De la Porti-

⁵ Para establecer esta división de las generaciones nos basamos en la división hecha por Luis González y González en *La ronda de las generaciones*, México, SEP-Cultura, 1984, p. 9-23.

lla, Prieto, Payno, Zamacois, Iglesias, Hernández y Dávalos, Roa Bárcena, Zarco, Castillo Negrete, Pruneda, Altamirano y Rivera Cambas; seis fueron profesores: Orozco y Berra, Prieto, Payno, Pruneda, Castillo Negrete y Altamirano, y, finalmente, diez tuvieron cargos políticos importantes: Ramírez, Larrainzar, Arrangoiz, Lafragua, Prieto, Payno, Iglesias, Zarco, Altamirano y Romero. Esta pequeña revisión estadística nos muestra la diversidad de las actividades desarrolladas por nuestros personajes, quienes combinaron, aparentemente sin problema, la política con la literatura, el periodismo con la acción legislativa, las armas con la oratoria.

En su tiempo casi todos ellos fueron considerados literatos u “hombres de letras” y su actividad literaria no fue parcelada en compartimentos estancos, como ocurre hoy en día, sino que fue multifacética, por lo que lo mismo escribían poemas que hacían traducciones, igual redactaban textos históricos que crónicas teatrales, o elaboraban artículos de costumbres a la vez que grandilocuentes piezas de oratoria. Por ello, como bien nos dice Nicole Giron en su estudio sobre Ignacio Manuel Altamirano, el ejercicio de las letras les daba entrada a un campo intelectual que hoy ya no se concibe como una unidad.

Varias fueron las sociedades culturales y las publicaciones que ofrecieron espacios abiertos a nuestros literatos, muchas veces a pesar del estado de emergencia del país. En ellas intercambiaron opiniones y conocimientos y dieron a conocer muchos de sus escritos, ya que por lo general su condición económica fue precaria. Si bien las primeras asociaciones de las que formaron parte rebasan los límites cronológicos que nos hemos impuesto, debemos señalar que, desde jóvenes, algunos de ellos pertenecieron a la Academia de Letrán y al Ateneo Mexicano. Dichas sociedades literarias dejaron huella en personajes como Ramírez, Larrainzar, Lafragua, Prieto, Orozco y Berra y Payno en el sentido de la necesidad de crear una literatura nacional. Así, cabe recordar las palabras pronunciadas por José María Lafragua con motivo de la inauguración de las actividades del Ateneo Mexicano en el año de 1844:

La literatura no es más que la expresión moral del pensamiento de la sociedad. Imitemos a los antiguos más que en sus producciones en su estudio: beneficiemos la mina virgen aún de nuestra patria, creando una literatura nacional.⁶

Fue en el *Ateneo* en donde se encontraron miembros de la generación de Lucas Alamán y el conde de la Cortina con jóvenes de la

⁶ *Apud* Alicia Perales Ojeda, *Asociaciones literarias mexicanas, siglo XIX*, México, Imprenta Universitaria, 1957, p. 59.

generación de la Reforma. Este contacto siguió años después y en 1853 fructificó la idea de editar en México el *Diccionario universal de historia y de geografía* que Francisco Pablo Mellado había publicado en Madrid entre 1846 y 1848. Queremos detenernos en esta empresa cultural por dos razones. La primera porque, como señalamos líneas arriba, consideramos que fue ella la que sentó las bases para “edificar el gran monumento nacional” que sería la historia general de nuestro país. La segunda, porque en el *Diccionario* colaboraron ocho de nuestros autores: Ramírez, Lafragua, De la Portilla, Orozco y Berra, Prieto, Payno, García Icazbalceta y Zarco, mismos que tuvieron una fuerte presencia en el mundo de las letras a partir de aquellos años.

Como ya lo indicamos, el sentido de esta obra enciclopédica fue primordialmente nacionalista, y así como el autor español, Mellado, se propuso presentar una obra enciclopédica que aportase conocimientos sobre España, así nuestros literatos lo hicieron respecto de México. El *Diccionario* mexicano llevó el mismo título que el hispano; sin embargo, en lugar de contar sólo con siete tomos como aquél, constó de diez, ya que los editores decidieron añadirle un apéndice, coordinado por Orozco y Berra y dedicado sólo a cuestiones mexicanas. Así fue como entre 1853 y 1856 se publicaron los diez tomos en los que se sistematizaron, por primera vez, todos los conocimientos que se tenían sobre México, con la idea de “levantar un monumento glorioso para el país en que vimos la luz y acopiar los materiales que han de servir para nuestra historia”.⁷ La empresa era totalmente innovadora, por lo que los editores, los conservadores Rafael Rafael y José María Andrade, se ocuparon de hacerle propaganda y conseguir suscriptores que la financiaran. Desafortunadamente la obra no tuvo el éxito que se merecía, pues ni las suscripciones fueron suficientes ni las colaboraciones las esperadas, por lo que los autores del *Diccionario* contaron casi sólo con sus propias fuerzas. A pesar de ello llevaron a cabo su empresa, que quedó como un ejemplo de entrega y de profesionalismo insuperables.

Para continuar la revisión de las asociaciones y publicaciones en torno de las cuales giraron nuestros literatos, cabe señalar que varios de ellos pertenecieron al Liceo Hidalgo, sociedad que, según Alicia Perales, se propuso continuar la labor cultural iniciada por la Academia de Letrán y el Ateneo Mexicano.⁸ El liceo vivió diferentes etapas a partir de su fundación en 1850. A lo largo de ellas encontramos entre sus socios a Zarco, que fue su primer presidente, a Altamirano, Rivera Cambas, Prieto, Roa Bárcena, García Cubas y De la Portilla. También

⁷ *Diccionario universal...*, v. I, p. III.

⁸ A. Perales, *op. cit.*, p. 89.

algunos, como Ramírez, Larrainzar, Orozco y Berra y García Icazbalceta, formaron parte de la efímera Academia Imperial de Ciencias y Letras, y otros lo fueron de la Academia Nacional de Ciencias y Literatura, fundada por el presidente Juárez para sustituir a la que había existido en la época imperial.

Así como consideramos importante detenernos en el *Diccionario universal de historia y de geografía* creemos que también debemos hacerlo al referirnos al periódico literario *El Renacimiento*, dirigido por Ignacio Manuel Altamirano en el año de 1869. En él colaboraron, aparte de don Ignacio, siete de nuestros autores: Prieto, Payno, De la Portilla, Zamacois, Orozco y Berra, Roa Bárcena y García Cubas. La intención de Altamirano al fundar la revista fue crear un espacio para que tanto viejos como jóvenes pudiesen publicar sus creaciones literarias, y así prometió que,

Mezclando lo útil con lo dulce, según la recomendación del poeta, daremos en cada entrega artículos históricos, biográficos, descripciones de nuestro país, estudios críticos y morales.⁹

Temas todos estos que habían sido también del interés de los autores del *Diccionario universal*, sólo que en él habían sido plasmados por orden alfabético. No sobra señalar que ambas empresas tuvieron en común aceptar en su seno a “todas las comuniones políticas” y que su objetivo fue tanto reconciliar las posturas encontradas como formar una verdadera conciencia nacional.

Finalmente, queremos referirnos a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, a la cual pertenecieron trece de ellos: Ramírez, Larrainzar, Lafragua, Orozco y Berra, Prieto, Payno, Roa Bárcena, García Icazbalceta, Hernández y Dávalos, García Cubas, Romero, Altamirano y Rivera Cambas. Esta institución, desde su inicio en 1833, pasó por diferentes épocas, unas más fructíferas que otras, pero en los años que nos ocupan su producción fue bastante excepcional. A pesar de que la primera finalidad de la sociedad fue puramente científica, con el tiempo se abrió a las contribuciones literarias y es por ello que encontramos en su seno un tan alto porcentaje de nuestros historiadores.

Tampoco podemos dejar de señalar que al fundarse, en 1875, la Academia Mexicana de la Lengua, varios de nuestros autores pertenecieron a ella, tanto como socios fundadores como de número. Sabemos que fueron académicos, al menos, De la Portilla, Orozco y Berra, Roa

⁹ *El Renacimiento*, introducción por Ignacio M. Altamirano. Edición facsimilar. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1994.

Bárcena y García Icazbalceta. Algunos de ellos, como Ramírez, Orozco y Berra y García Icazbalceta, fueron también miembros de la Real Academia de la Historia de Madrid.

En cuanto a la infraestructura con que contaban nuestros autores, queremos hacer hincapié en lo importante que fue la labor desarrollada por los editores como Rafael Rafael, en los primeros tiempos, e Ignacio Cumplido y Vicente García Torres, a lo largo de casi todo el periodo que nos ocupa, tanto por su laboriosidad en el campo del periodismo como por las grandes empresas editoriales que llevaron a cabo. También nos parece interesante indicar que, si bien el Archivo General de la Nación y la Biblioteca Nacional habían sido fundadas —y refundadas— en varias ocasiones anteriores a nuestra etapa, fue gracias a la labor desarrollada por Ramírez, Lafragua, García Icazbalceta y Orozco y Berra que estas importantes instituciones para la investigación histórica se convirtieron en una realidad.

Es evidente que, aparte de pertenecer a las asociaciones culturales mencionadas, nuestros autores no pudieron desvincularse del desasosiego político que reseñamos más arriba. Fueron todos ellos hombres polifacéticos que vivieron su tiempo con gran intensidad y buscaron respuestas adecuadas a las situaciones que se les presentaban. Ello nos permite explicarnos la diversidad y alcance de sus propuestas explicativas, mismas que contribuyeron a enriquecer la historiografía. Cabe recordar que la mayoría participó en las guerras civiles, ya fuese con cargos políticos —de primera línea o subalternos—, como militares o simplemente como periodistas. Aun aquellos que no tuvieron actuación política alguna, que fueron los menos, quedaron marcados por las experiencias políticas vividas. La historiografía cobró para todos ellos un sentido vital, y fue a través de su ejercicio que trataron de reforzar el sentimiento de nacionalidad.

Fueron tanto las vicisitudes políticas vividas como las lecturas de los clásicos y de los historiógrafos contemporáneos las que llevaron a nuestros escritores por el camino de la historia; por ello es que su acercamiento a dicha materia fue distinto. Por consiguiente hemos tratado de agruparlos según el género historiográfico que más los caracterizó. Somos conscientes de que varios de ellos pueden entrar en más de uno de los grupos que proponemos y que inclusive algunos cabrían en todos. Sin embargo, en aras de la sistematización, hemos reunido por un lado a aquellos que se preocuparon por la historiografía política, a los que hemos dividido en dos subgrupos: los que se inclina-

ron por la historia inmediata y los que la escribieron desde una perspectiva más lejana en el tiempo. Los primeros respondieron a las experiencias vividas desde la guerra con Estados Unidos hasta la guerra contra la intervención francesa y el imperio: Guillermo Prieto, Manuel Payno, Juan Suárez y Navarro, Anselmo de la Portilla, Francisco Zarco, José María Iglesias, Pedro Pruneda, Francisco de Paula Arrangoiz y José Manuel Hidalgo. Los que escribieron desde una perspectiva menos cercana fueron José María Roa Bárcena, Ignacio Manuel Altamirano y Manuel Rivera Cambas. Presentamos luego a aquellos historiadores que, conocidos como eruditos o científicos, dieron prioridad a la compilación documental y enciclopédica, misma que permitiría después reconstruir el pasado. Aquí hemos agrupado a José Fernando Ramírez, José María Lafragua, Manuel Orozco y Berra, Joaquín García Icazbalceta, Eusebio Hernández y Dávalos, Antonio García Cubas, Emilio del Castillo Negrete y Matías Romero. Asimismo, dada la importancia adquirida por los libros de texto de historia de México a partir de la década de 1850, hemos incorporado un estudio que analiza las aportaciones en este campo. Finalmente, hemos agrupado a los autores que, conscientes de la necesidad de que nuestro país contase con una historia general que ofreciese una explicación integradora de su devenir histórico, se adelantaron al *México a través de los siglos*, como fueron Manuel Larrainzar, Niceto de Zamacois y Hubert H. Bancroft.

Salvo algunas excepciones, pocas fueron las referencias historiográficas que encontramos en las obras de nuestros autores, lo que ha dificultado el que podamos conocer a fondo las influencias que recibieron. De lo que sí nos hemos podido percatar es que estaban familiarizados con el ambiente intelectual europeo y que se mantenían al tanto de las tendencias y metodologías que intentaban hacer de la historia un conocimiento de carácter científico. Así encontramos alguna alusión a autores españoles como Donoso Cortés o Modesto Lafuente y a ingleses como Edmund Burke y Herbert Spencer, pero lo que más salta a la vista es la influencia de las lecturas francesas.

Si bien siempre se ha hecho hincapié en el afrancesamiento de la sociedad porfiriana, queremos insistir en que esta influencia ya venía de tiempo atrás. Creemos que no está por demás señalar que al mediar el siglo XIX la Francia de Napoleón III fue considerada como el paradigma de las naciones por los distintos círculos políticos mexicanos. Para los radicales, era el símbolo de la libertad y de revolución; para los moderados, lo era de la civilización y del progreso, y, para los conserva-

dores, de la tradición y de la latinidad. Los primeros pensaban que Napoleón III no era más que un mal pasajero, ya que tras su figura latía el pueblo francés, que no tardaría en rebelarse; los segundos veían en el emperador burgués la encarnación del orden y del progreso, y, los terceros, la imagen del poder autocrático.

Desde el punto de vista cultural y de la teoría política, todo lo que venía de Francia era bien recibido, por lo que la difusión de la literatura histórico-política fue muy importante. Varias obras de historiadores franceses fueron traducidas en México; otras llegaron traducidas de España, siendo algunas de ellas publicadas por capítulos en los periódicos. Finalmente, el resto fue leído directamente en francés, ya que, por lo general, nuestra elite intelectual conocía bien dicho idioma. Esta comunión con Francia quedó plasmada en muchos escritos de nuestros autores —sobre todo los liberales—, quienes vieron estupefactos cómo las tropas de una nación tan admirada invadían a nuestro país. Así, José María Iglesias no podía entender que se pudiese llegar a la guerra

con ese pueblo al que nos ligan tantas simpatías, cuyas glorias admiramos tanto, cuya literatura estudiamos con tanto afán, cuyos hijos, residentes en México, miramos como amigos y como hermanos.¹⁰

Por su parte, Manuel Payno, parafraseando a Guizot, según nos lo muestra Miguel Soto en su estudio, preguntaba al general Forey cómo era posible que la nación que había esparcido la civilización por el mundo viniese a “destruir con los cañones las ideas que la misma Francia ha enseñado a las Américas”. A los dos años del triunfo de la causa republicana, Ignacio Manuel Altamirano volvió a hacer hincapié en el afrancesamiento de la sociedad mexicana en términos por demás irónicos:

México habrá podido combatir la intervención política de la Francia; pero será impotente para combatir la intervención moral. Vestimos a la francesa, comemos a la francesa, vivimos a la francesa, pensamos a la francesa. Trajes, peinados, joyas, alimentos, libros, música, bailes, todo lo debemos recibir de París. Nuestra sangre era americana antes; pero hoy con los filtros franceses parece también francesa.¹¹

Esta cercanía con la política y las letras galas no era desde luego nueva, ya que muchos de nuestros literatos habían sido educados bajo

¹⁰ José María Iglesias, *Revistas históricas sobre la Intervención Francesa en México*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1991, v. I, p. 30.

¹¹ Ignacio M. Altamirano, “Crónica de la semana”, *El Renacimiento*, 3 de julio de 1869.

la influencia de la Ilustración. Por eso no nos ha extrañado hallar en ellos referencias a Rousseau, Voltaire, Diderot, D'Alembert y Volney. En cuanto a la repercusión de los autores franceses contemporáneos, nos hemos encontrado alguna que otra referencia a obras como *El genio del cristianismo*, las *Memorias de ultratumba* y *Estudios o discursos históricos sobre la caída del Imperio Romano* de Chateaubriand, la *Historia de los girondinos* y la *Vida de los grandes hombres* de Lamartine, la *Historia de la Convención Nacional* de Barante, *La democracia en América* y *El Antiguo Régimen y la Revolución* de Tocqueville, las *Palabras de un creyente* de Lamennais, *Cartas sobre la historia de Francia* de Thierry, la *Historia de la Revolución Francesa* de Thiers, la *Historia de la Revolución Francesa* y la *Historia de Francia* de Michelet, la *Historia de la civilización en Francia* y la *Historia de la república de Inglaterra y de Cromwell* de Guizot, *Los orígenes de la Francia contemporánea* de Taine y el *Discurso sobre el espíritu positivo* de Comte.

A pesar de estas lecturas, muchas de las cuales fueron más de interés político que historiográfico, no hemos podido llegar a alguna conclusión general acerca de la influencia que tuvieron en nuestros historiadores. De hecho, sólo encontramos en Manuel Larrainzar, José María Iglesias y, en cierta medida, en Juan Suárez y Navarro, testimonio de un conocimiento más profundo de la teoría de la historia. Así, el primero, en *Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México*, hizo gala de su contacto con el quehacer historiográfico de su tiempo —y de la antigüedad clásica— citando obras que seguramente tuvieron su importancia en el siglo pasado y que hoy en día nos son prácticamente desconocidas, como el *Discours sur l'utilité de l'histoire* de Tresseal, *De la manière d'écrire l'histoire* del abate Mably, *L'Esprit de l'histoire* de Ferrand, *Traité de l'art d'écrire* de Condillac y *Réflexions sur l'étude de l'histoire et sur les devoirs de l'historien* de Le-Vassor. Don José María, por otro lado, en su obra inédita *El estudio de la historia*, se refirió a las corrientes evolucionistas de la historia, indicando la importancia de Augusto Comte, Herbert Spencer y un discípulo de éste, Henry Thomas Buckle. Iglesias parecía estar convencido, en los últimos años de su vida, por estos teóricos, por lo que sostuvo que los acontecimientos humanos estaban sujetos a leyes y que la historia era una ciencia “cuyo carácter distintivo era la previsión”. En cuanto a Suárez y Navarro, aparte de citar textualmente y con bastante frecuencia a autores latinos, nos hace toda una relación crítica de la historiografía mexicana de la primera mitad del siglo XIX.

Todo lo que acabamos de referir muestra que nuestros intelectuales estaban familiarizados con el ambiente intelectual europeo y que se mantenían al tanto de las tendencias y metodologías modernas. Podríamos decir que en sus textos aflora un marcado eclecticismo, que, por lo demás, también hallamos en muchos de los autores franceses citados más arriba. Así, vemos en ellos elementos ilustrados, como sería el interés por la ciencia y por el espíritu científico, elementos románticos, como sería el insistir en la estrecha relación entre el hombre y su entorno natural, elementos providencialistas y aun evolucionistas, siendo la mezcla de estas dos características la que más nos ha llamado la atención.

La idea que encontramos en todos nuestros historiadores, tanto los liberales como los conservadores, es la del progreso, la cual, como sabemos, provenía de la educación ilustrada. Para unos, el camino del progreso era inmanente a la humanidad, y aun si existían “episodios que retrotraen a un individuo o a un pueblo a un estadio ya superado”, como escribió Zarco, es ley de la historia que “lo nuevo triunfe de lo antiguo y que la costumbre cambie, se modifique y se perfeccione en un sentido progresivo”. El destino de la humanidad era, para él, el triunfo de la democracia. Para otros, como Altamirano, el progreso se fundaba en el respeto a la libertad, que consideraba como la fuerza motora de la sociedad. Para algunos, los más influenciados por el romanticismo, la fortuna o el sino eran factores decisivos en el transcurrir de los hechos humanos. Para la mayoría, el cristianismo había echado “la simiente fecunda de la civilización y del progreso”, prevaleciendo en ellos la tendencia a relacionar esta religión con los principios revolucionarios de libertad, igualdad y fraternidad. Es evidente que para éstos el concepto de progreso estaba relacionado con Dios. El mundo marchaba hacia la perfección guiado por la Providencia o por el “Artífice Divino”, quien asignaba a cada hombre su misión o actuaba, por medio de leyes, en las fuerzas de la naturaleza.

Así, sin dejar de dar importancia a las acciones humanas, sobre todo aquellas que habían sido realizadas por los personajes más destacados, se recurría a una explicación providencialista. Cabe aquí recordar que el propio Guizot, que seguramente es el autor más citado por nuestros historiadores, asentó que “los hombres, a los que Dios toma por instrumentos de sus grandes designios, están llenos de contradicción y de misterio”.¹² Siguiendo esta misma idea, Pruneda añadía que “Dios castiga al que intenta contrariar sus leyes, señalando a la vez la senda por donde debe dirigir siempre sus pasos la humanidad”. Iglesias,

¹² François Guizot, *Histoire de la République d'Angleterre et de Cromwell*, Bruselas, Florin y Hen, 1854, p. 4.

en sus *Revistas históricas*, repitió varias veces que la Providencia apoyaba a la causa juarista, “ya que Dios no permite que las malas causas triunfen en el tribunal de la razón”. Finalmente, Castillo Negrete llegó a decir que el que se opusiese a la senda de la perfección guiada por la Providencia “será aplastado”.

La historia fue concebida como una larga y ardua marcha hacia el triunfo del progreso y de la modernidad en un sentido evolutivo que excluía los cambios violentos o revolucionarios y en la que cada fase de la historia se presentaba como superior a la que le precedía. Este proceso lineal ascendente de la historia parecería sustentarse, como bien nos dice Judith de la Torre en su estudio sobre Niceto de Zamacois, en un determinismo con resabios providencialistas. Por ello quizás el término utilizado por Soto en su estudio sobre Payno sea el acertado al llamarlo “evolucionismo-providencialista”. El hacer nuestra la palabra evolucionista para explicar la idea de la historia de la mayoría de nuestros autores no significa de manera alguna que pensemos que llegaron a ser positivistas, sino que, acordes con su tiempo, llegaron a recibir algunas influencias de esta filosofía.

Es evidente que la mayor parte de nuestros historiadores fue seducida por el método científico como la vía indiscutible para la recuperación del pasado. En este sentido también podríamos decir que estuvieron influenciados por el positivismo al tratar a la historia como una ciencia. Sin embargo, preferimos llamarlos científicistas o simplemente “eruditos”, para no confundirlos con la escuela que realmente siguió al positivismo en todos sus postulados, como fue la que se analiza en uno de los apartados de esta *Historiografía mexicana*.

Ignoramos cuál fue la vía por la que llegó este afán de erudición a nuestro país. Dada la influencia francesa a que nos hemos referido líneas arriba, podría haber sido a través de las obras de François Guizot, quien, recordemos, tuvo gran interés en la búsqueda y compilación de documentos, ya que fue el fundador del Comité de Trabajos Históricos en París y el editor de varias colecciones de “documentos inéditos”. Aunque quizás cabría la posibilidad de que hubiese sido directamente a través de las lecturas de la obra de Leopold von Ranke —o de alguno de sus seguidores de la escuela erudita alemana. De lo que no hay duda es del impacto que tuvo en nuestros historiadores eruditos la *Historia de la Conquista de México* del norteamericano William Prescott, quien fue el primero en utilizar una cantidad enorme de documentos inéditos que ellos mismos desconocían.

Este afán de buscar, autenticar y recopilar documentos fue casi la razón de vivir de varios de los autores que analizamos. Consideraron que dicha tarea era indispensable para que algún día se llegase a escribir la historia de nuestro país con plena veracidad. Unos, como Ramírez y Orozco y Berra, se dedicaron al rescate del México prehispánico, cuyo abandono y “salvaje desprecio” les parecía incomprensible. He aquí cómo don José Fernando se refirió a su actividad:

No aspiro más que a facilitar intelectual y pecuniariamente, el estudio de nuestras antiguas noticias, hoy dispersas y embrolladas en varios escritos, algunos bastante caros, o raros. Me he fijado en aquel pensamiento para que pudiendo ahorrar, a los que me sucedan, el tiempo que yo he invertido en acopiar y digerir las noticias, lo inviertan en avanzar y mejorar la ciencia.

Cabe recordar que tanto Ramírez como Orozco y Berra, junto con el entonces joven García Icazbalceta, hicieron una invaluable labor al salvar los archivos de los conventos destruidos a raíz de la ley de desamortización de los bienes del clero en junio de 1856. Estos hechos, probablemente, fueron los que llevaron a don Joaquín a asentar que,

si ha de escribirse algún día la historia de nuestro país, es necesario que nos apresuremos a sacar a la luz los materiales dispersos que aún puedan recogerse, antes de que la injuria del tiempo venga a privarnos de lo poco que ha respetado todavía.

Así como García Icazbalceta se dedicó a rescatar los documentos del México colonial, otros como Lafragua, Hernández y Dávalos, Castillo Negrete y Matías Romero se preocuparon por guardar y compilar documentos de su propio siglo con la intención de dejar pruebas, justificaciones y huellas fehacientes para la historiografía futura.

Si bien es innegable que la búsqueda de la verdad era un propósito que desde la antigüedad clásica había inquietado a los historiadores, con los lineamientos metodológicos de los eruditos este quehacer se volvió casi una obsesión. El historiador debía de atenerse a los documentos y ser totalmente objetivo e imparcial al escribir su discurso histórico. Se creía entonces en la posibilidad de que aquél se despojase de sus propias inclinaciones y se apegase sólo a las pruebas de los documentos. Por ello es que Larrainzar, siguiendo a Tucídides, diría que “más valía desagradar diciendo la verdad que agradar contando fábulas”. Lo verdadero debía de ser comprobable, por lo que aun los historiadores que no caben en el grupo de los eruditos se esforzaron por añadir a sus obras sendos apéndices documentales que corroboraban

lo expuesto en su explicación histórica. Además, la mayoría quiso rendir cuenta de las fuentes de que había bebido, por lo que las notas de pie de página se convirtieron en algo imprescindible.

En cuanto a la utilidad de la historia, todos nuestros autores estaban convencidos de las lecciones que se debían sacar de ella, convirtiéndola, como Cicerón, en “maestra de la vida”. Esta ciencia servía tanto para comprender el pasado como para no cometer los mismos errores en un futuro. La historia fue también considerada como un tribunal de justicia y muchos de nuestros autores, que eran juristas de profesión, pensaron que sólo ella tendría la última palabra. Finalmente, el quehacer de Clío también fue utilizado como fundamento jurídico para refutar los alegatos de otros países, en el caso de los historiadores que ocuparon puestos diplomáticos de importancia, como fueron Larrainzar, Lafragua, Payno y Romero.

Otro aspecto que nos ha llamado la atención en varios de los autores analizados es la importancia que dieron a la geografía en la explicación histórica. Así, aparte de Orozco y Berra y García Cubas, cuya profesión los llevó por el camino de dicha ciencia y de la cartografía, vemos, por ejemplo, en Pruneda y Zamacois, un afán por vincular historia y geografía. Para estos historiadores, que seguramente estaban influenciados por la escuela francesa del determinismo geográfico, historia y geografía eran inseparables, ya que la primera proporcionaba la coordenada del tiempo y la segunda la del espacio, en las cuales se inserta el devenir humano.

Si bien hemos clasificado a nuestros autores en distintos grupos en aras de una sistematización, es evidente que en el fondo todos ellos compartieron una preocupación de orden político al acercarse a la historia. De hecho a muchos, como bien nos dice Nicole Giron al referirse a Altamirano, les fue difícil trazar una frontera precisa entre lo que era historia y lo que era actualidad, entre pasado y presente. La razón para escribir de aquellos que se ocuparon de la historia inmediata fue el justificar posturas y reivindicar a sus respectivos partidos. Para otros lo fue el defender a México de los ataques que recibía por parte de la opinión internacional, ataques que cundieron a raíz del fusilamiento de Maximiliano. Otros más trataron de retroceder en el pasado mediato para poder reflexionar, de una manera más serena, sobre el acontecer histórico y sacar explicaciones para el futuro. Otro grupo consideró que lo más importante era definir la identidad nacional, lo que no podría hacerse más que conociendo a fondo los orígenes, por lo que se dedicó

en cuerpo y alma, “lejos de las pasiones y de la agitación que producen la lucha momentánea y el espíritu de partido”, a la búsqueda y recopilación de documentos. A su parecer, sólo la construcción de un discurso histórico integrador, basado en el método científico, serviría a la causa nacional. Todas las razones hasta aquí expuestas se conjugaron en los primeros intentos de escribir una historia general de México en la década de los sesenta, años en que la continuación de las luchas fratricidas junto con la intervención extranjera tornaron más evidente la falta de integración del país. No fue pura coincidencia el que a partir de aquellos años también empezaran a proliferar los libros de texto de historia patria.

En este sentido cabe recordar la reconstrucción nacional que se propuso llevar a cabo el partido liberal tras la derrota del Imperio de Maximiliano. Si bien las luchas que surgieron en el seno mismo del liberalismo impidieron al gobierno concentrarse en las metas que se había propuesto, se dictó una serie de medidas que tuvieron gran repercusión en el campo de la historiografía. La más importante fue la ley que decretó como obligatoria la enseñanza de la historia de México tanto a nivel de los estudios primarios como en la recién fundada Escuela Nacional Preparatoria. Es evidente que detrás de estos decretos estaba la idea de que dicha enseñanza era una buena vía para consolidar el sentimiento de nacionalidad.

Habiendo separado a la Iglesia del Estado se necesitaba un nuevo sustento ideológico y éste debía surgir a partir de la historia. Se trataba de crear un nuevo carácter nacional, laico, que modificase las costumbres, los hábitos mentales y aun los valores de los mexicanos. Los relatos históricos, moralizantes y edificantes para la juventud, jugarían ahora el papel que antes habían jugado los religiosos. Sería a través de la historia patria que los educandos conocerían su herencia y reverenciarían a sus héroes, quienes asumían así el lugar del santoral. Al decir de Prieto, sólo a través de la historia se podía exaltar el amor a la patria y enaltecer a sus hombres eminentes por sus virtudes, los cuales evidentemente eran los liberales.

A partir de aquel momento, la historia nacional empezó a convertirse en un mito político unificador, y con él se abrían las puertas a la historia de bronce oficial. Sin embargo, como nos dice Eugenia Roldán en su bien logrado estudio sobre los libros de texto, no fue sino hasta la década de los noventa que se uniformó la enseñanza de la historia a nivel nacional, por lo que en los años que nos ocupan no llegó a imponerse una interpretación única y oficial. Por esta razón, la producción de manuales escolares fue bastante espontánea y libre y no existieron criterios uniformes para elaborarlos.

No cabe duda que dar tal impulso a la historia patria en el sistema educativo tuvo sus repercusiones en el ámbito cultural. En este sentido, la labor emprendida por Altamirano y sus compañeros literatos con el fin de crear una cultura nacional fue de gran trascendencia. En las páginas de la efímera revista *El Renacimiento* salta a la vista su interés por la historia nacional. Por ejemplo, don Ignacio celebró con creces la decisión de Orozco y Berra de impartir unos cursos de historia general de México, comentando lo siguiente:

nosotros quisiéramos que un triple número de los discípulos actuales asistieran a estas sabias lecciones, que, no lo dudamos, van a tener una gran trascendencia en nuestra literatura histórica.

Hay algo más para los jóvenes estudiosos de México que hacer versitos y novelas. Hay la historia, que nos brinda sus ricos tesoros desconocidos y que cuando se exploten enriquecerán al mundo, como lo han enriquecido los metales de nuestras minas.¹³

La única manera de construir un discurso histórico integrador de la nación era corrigiendo la contraposición del México prehispánico y el colonial. Se tenía que concebir al ser nacional como la suma no como el antagonismo de estos dos pasados. La concepción progresista —y aun evolucionista— de la historia permitió entonces que la conquista se presentase, como lo hizo el propio Orozco y Berra, como un paso doloroso pero inevitable dentro del lento pero permanente progreso humano. Dicho paso había tenido como consecuencia el surgimiento de la nacionalidad mexicana, empezando entonces a manejarse la idea del mestizaje como conformador de la identidad nacional. Esta mezcla de razas debía de ser razón de orgullo y no de vilipendio, tal y como lo afirmara en su momento Manuel Payno:

los hijos de las Américas españolas... nunca deberán de renegar de su origen y antes bien, [podrán] envanecerse de ser el producto de dos civilizaciones y de dos razas extrañas que brillaron por su valor y por su poder.

Esta idea conciliadora de un pasado común no podía darse más que en un ambiente de paz, mismo que se fue imponiendo a raíz del advenimiento de Porfirio Díaz al poder. La tranquilidad y los beneficios

¹³ Ignacio M. Altamirano, "Crónica de la semana", *El Renacimiento*, 27 de febrero de 1869.

materiales palpables, como fueron la construcción de nuevos caminos y vías férreas, el telégrafo y los avances de la ciencia, hicieron que cundiera el optimismo. Los mexicanos consideraron entonces que si bien su pasado había sido arduo y difícil, se encontraban ahora en la senda correcta y en los umbrales de la modernidad. Todo esto debía ser plasmado en una historia general de México que mostrase lo doloroso que habían sido tanto el nacimiento de la nación como el devenir de los siglos posteriores y que hiciese hincapié en que, habiendo superado todos los escollos, la nación se enfilaba por el camino del progreso.

No fue pues casualidad que los intentos de escribir una historia general no fructificasen sino hasta la década de los ochenta. Es evidente que los aciagos días de discordias internas y de guerras civiles y extranjeras habían hecho imposible su realización. Por ello fue que tanto las recomendaciones de los autores del *Diccionario universal* en la década de los cincuenta como la de José María Lafragua —quien en su *Miscelánea política* dejó dicho que él tenía “el delirio de hacerlo”— sobre la necesidad de escribir tal discurso integrador quedaron en la nada.

Cabe recordar que el primer proyecto de esta historia general se presentó en 1862. En efecto, en aquel año, Francisco Carbajal Espinosa expuso, en el seno de la Sociedad de Geografía y Estadística, su plan para redactar una *Historia de México desde los primeros tiempos de que hay noticia hasta mediados del siglo XIX*. Hasta lo que sabemos, don Francisco sólo publicó dos volúmenes, uno dedicado al México precolombino y otro a la conquista española hasta 1521.¹⁴ Podemos conjeturar que las circunstancias que se vivían en aquellos años no eran propicias para llevar a cabo una labor editorial de tal envergadura, por lo que la obra de Carbajal quedó trunca. Fue al cabo de tres años, en 1865, en medio de las luchas fratricidas que provocaron la intervención francesa y el imperio de Maximiliano, que Manuel Larrainzar propuso su plan para escribir la historia general de México, en el seno de la misma Sociedad de Geografía y Estadística. Como era de suponer, la propuesta tampoco prosperó.

Una vez reestablecida la República, Orozco y Berra retomó, en 1869, los lineamientos indicados por el escritor chiapaneco. Efectivamente, como ya dijimos líneas arriba, don Manuel empezó a dar un

¹⁴ Francisco Carbajal Espinosa, *Historia de México desde los primeros tiempos de que hay noticia hasta mediados del siglo XIX*, 2 v., México, Tipografía de Juan Abadiano, 1862.

curso al que Altamirano llamó “Historia de la civilización en México” y que abarcaba tres etapas: la antigua, que concluía con la conquista de México; la media, que terminaba en 1821, y la moderna, que llegaba hasta los tiempos contemporáneos. No sabemos si el curso prosperó y es una lástima que dicha historia de Orozco y Berra no haya tenido mayor difusión. Según nos dice Miguel Soto, Manuel Payno también consideró de primera importancia que se realizara el proyecto propuesto por Larrainzar. Así, en 1870, en su ensayo “Obras sobre México” se refirió a la necesidad de elaborar dicha historia general de México, basada en fuentes documentales que incluyeran una revisión exhaustiva de testimonios para los diversos periodos del pasado nacional.

Todavía dentro del periodo conocido como de la República Restaurada, el zacatecano Ignacio Álvarez editó, entre 1875 y 1877, en su ciudad natal, sus *Estudios sobre la historia general de México*, en seis tomos.¹⁵ Ésta fue la primera vez que se llevó a cabo, de manera completa, la empresa que se había considerado como necesaria desde tanto tiempo atrás, y llama la atención que fuese en provincia en donde se realizó. La división temática desarrollada por Álvarez fue la misma que luego siguieron Zamacois y los autores del *México a través de los siglos*: historia antigua, la Conquista, el gobierno virreinal, la guerra de Independencia, los gobiernos mexicanos después de la Independencia, la Reforma y el Imperio. En el prospecto de la obra, el historiador zacatecano explica cuál es el objetivo que busca al escribir esta historia general:

Nunca puede amarse debidamente un objeto desconocido: y será tanto mayor el amor que se le tenga, cuanto más se conozcan sus glorias y sus desventuras. Por esto, sondeando el mar borrascoso de nuestras vicisitudes, se conocerá más a fondo la causa de las miserias que padecemos y en proporción se irá aprendiendo el medio de curarlas, con el cual habremos dado el primer paso en el camino del bienestar.¹⁶

Al iniciar su relato insiste en que no se propone “escribir un panegírico de alguno, ni constituirse en fiscal de otro”,¹⁷ por lo que el lector espera encontrarse con un discurso que pretende ser objetivo. Si bien desde un principio salta a la vista que el autor es muy católico, ya que remonta los orígenes de nuestra historia a la descendencia de Noé, tanto la manera en que nos va presentando los hechos históricos como la cantidad de fuentes que utiliza nos muestran a un autor que conoce a fondo

¹⁵ Ignacio Álvarez, *Estudios sobre la historia general de México*, Zacatecas, Imprenta Económica de Mariano Ruiz de Esparza, 1875-1877. Los tomos son bastante voluminosos y de formato mediano.

¹⁶ *Ibid.*, v. I, p. II.

¹⁷ *Ibid.*, v. I, p. 8.

nuestra historia. Sin embargo, al llegar al estudio del siglo XIX, todas las razones que habían hecho pensar que se tenía entre manos una obra objetiva se esfuman. Aflora entonces la ideología ultramontana de don Ignacio, quien arremete sin misericordia contra “el funesto influjo del espíritu de revolución”, acusando a los liberales de ser los causantes de todos los males de México. Termina con una visión apocalíptica de nuestra historia, asentando que “el cerro de las Campanas es la torre de Babel para el partido liberal: allí fue abatido su orgullo y confundido su lenguaje”.¹⁸ Es evidente que al imponerse el discurso jacobino —y centralista— de nuestra historia esta visión del zacatecano tenía forzosamente que quedar en el olvido. A nuestro parecer, los *Estudios* de Álvarez son una prueba fehaciente del estado de ánimo de los conservadores ante la decisión del presidente Sebastián Lerdo de Tejada de hacer constitucionales las Leyes de Reforma.

Cuando el escritor zacatecano se encontraba redactando su obra, Niceto de Zamacois empezaba, en Madrid, su *Historia de Méjico*. Ésta, que consta de 20 volúmenes, se editó entre 1876 y 1882. Con ella el escritor español, siguiendo los mismos lineamientos de división temática señalados por Larrainzar, nos brinda también una visión conservadora de nuestro devenir histórico, pero, a diferencia de Álvarez, no sólo con un afán conciliador sino con un análisis mucho más objetivo. A nuestro parecer, a don Niceto le preocupaba la ruptura de la sociedad mexicana, ruptura que la había desviado del camino del progreso y de la modernidad. Por ello es que con su discurso integrador llamaba a la concordia entre todos los mexicanos.

Entre 1880 y 1886, el norteamericano Hubert H. Bancroft publicó, en San Francisco, California, su *History of Mexico* en seis voluminosos tomos. Este nuevo discurso histórico sobre nuestro país tuvo motivaciones distintas de las del escritor español. Bancroft se interesó en nuestro país por dos razones. Primero, porque era uno más de los estados que se encontraban en la zona del Pacífico norte, área que su “fábrica de hacer historia” se había propuesto estudiar. Después, porque quería mostrar el progreso que México había logrado bajo la égida porfirista, invitando con ello a sus compatriotas a invertir en uno de los países más prometedores del Continente Americano.

Es evidente que ninguna de las obras a que acabamos de referirnos llenaba los requisitos para servir como la historia general de un país que acababa de triunfar sobre los conservadores mexicanos y los extranjeros. Cuando finalmente había llegado la paz y se creía estar en la vía de la prosperidad, correspondía a los liberales triunfantes el escribir su

¹⁸ *Ibid.*, v. vi, p. 471.



propia versión del tan esperado discurso integrador de la nación, que sería el *México a través de los siglos*. Con su realización se lograba un objetivo que llevaba varias décadas de haber sido propuesto. Sin embargo, a nuestro parecer, al convertirse dicho discurso en una visión oficial de nuestra historia se perdía la pluralidad de voces y de interpretaciones que habían hecho la riqueza del periodo que se cerraba con su aparición.

ANTONIA PI-SUÑER LLORENS